

De modo que, hablar de Iglesia romana, es designar resumidamente a la Iglesia en sus cuatro notas:

- Es la Iglesia **una**, que encuentra en Roma su centro de unidad.
- Es la Iglesia **santa**, que santifica con la misa y con la liturgia que se celebra en Roma.
- Es la Iglesia **católica**, extendida en todo el orbe por la acción de los obispos de Roma.
- Es la Iglesia **apostólica**, que sigue enseñando y predicando desde Roma la verdad recibida de Cristo por los apóstoles.

De esta romanidad tenemos un ejemplo incontestable en San Pío X, pontífice romano, que desde su sede de Roma logró realizar un impresionante programa de restauración de todo en Cristo, apuntalando a la Iglesia para los tiempos procesosos que debían seguir, en palabras del mismo Pío XII.

Conclusión: San Pío X, plan de acción sacerdotal.

Como se pide en la oración de la fiesta, tenemos en San Pío X todo un programa de acción sacerdotal:

«Danos, Señor, que siguiendo lo establecido por él e imitando su ejemplo, consigamos los premios eternos».

Esto es, podemos apoyarnos en todo lo realizado por San Pío X y seguir su mismo programa: hemos de defender lo mismo que él defendió, enseñar lo mismo que él enseñó, condenar lo mismo que él condenó, valernos de todo lo que él dejó establecido para adoctrinar a las almas, santificarlas y guiarlas al cielo; sabiendo que, al obrar así, obramos en el más puro espíritu de la Iglesia.

Pidamos a San Pío X, para nuestra Fraternidad, la gracia de un perfecto amor a la Iglesia romana, y para todos sus miembros, la gracia de la fidelidad a su excelsa vocación, y de la santidad sacerdotal y religiosa, para gloria de Dios y santificación de las almas.

Dice Jesús a Simón Pedro:

«Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?»

Le dice él: *«Sí, Señor, tú sabes que te quiero».*

Le dice Jesús: *«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas».*

Hojitas de Fe

Sed imitadores míos

472

5. Fiestas del Santoral

San Pío X, prototipo del Papado y de la Romanidad

La oración de la fiesta del 3 de septiembre enaltece a San Pío X como el gran «defensor de la fe católica» y «restaurador de todas las cosas en Cristo». Para lo primero Dios lo llenó, sigue diciendo la oración, de «celestial sabiduría», y para lo segundo, de «apostólica fortaleza». Estas dos cualidades bastan de por sí para que nuestro Fundador, Monseñor Marcel Lefebvre, haya pensado en ponerlo como Patrono de nuestra Fraternidad, ya que esa celestial sabiduría necesaria para la defensa de la fe, y esa fortaleza apostólica para poner a Cristo a la cabeza de todas las cosas, es justamente la meta del sacerdocio, y, por lo tanto, el fin de una congregación sacerdotal.

Pero, en las circunstancias actuales, San Pío X es también para nosotros como la personificación de dos grandes dones de Dios a su Iglesia: por una parte, *el papado*, y, por otra parte, *la romanidad*; dones que nuestro Fundador quería hacernos amar y valorar; y, por lo tanto, pareciera que también por ello eligió la figura de San Pío X como Patrono de nuestra Fraternidad. Consideremos, pues, estos dos dones.

1º Primer gran don de Dios: el Papado.

Uno de los primeros bienes que el Espíritu Santo, cumpliendo la promesa de Nuestro Señor, concedió a la Iglesia en Pentecostés, fue ciertamente, como enseña el Catecismo de Trento, el dotarla de una cabeza visible en la persona de San Pedro.

Dios ha querido que su Iglesia fuese realmente una monarquía, pero una monarquía bastante singular, pues en ella el monarca, que es el Papa, no es rey absoluto, sino sólo el representante del Monarca invisible que la rige verdadera e interiormente, y que no es otro que Cristo.

Podríamos decir que en la Iglesia católica se prolonga la teocracia del Antiguo Testamento; esto es, que la Iglesia, figurada por el antiguo Israel, es el verdadero pueblo de Dios gobernado directamente por El. De este modo, al igual que Dios no dejó de ser el verdadero monarca del pueblo de Israel, ni siquiera cuando, a pedido suyo, le concedió los reyes, a los que amonestaba mediante sus profetas, así también ahora Cristo sigue siendo el verdadero Monarca y Rey de la Iglesia, a la que rige mediante sus pastores subalternos, entre ellos el Papa.

Eso es lo que la doctrina cristiana ha enseñado siempre al designar al Papa con el nombre de *Vicario de Cristo*. Es el que hace las veces de Nuestro Señor, y en eso estriba su grandeza, como también su deber y su autoridad. Y eso es lo que aparece claramente en el Evangelio de la fiesta de San Pío X. Después de la resurrección, Nuestro Señor confiere a San Pedro el Sumo Pontificado que le había prometido, encomendándole por tres veces el pastoreo de sus ovejas: «*Apacienta mis ovejas*». No puede el Papa apacentar, esto es, instruir, santificar y regir a los fieles cristianos como se le antoje, sino que debe hacerlo atendiendo a los intereses de Cristo; esto es, no puede buscarse a sí mismo en las ovejas que le han sido confiadas, ni sus propios intereses, ni sus propias ideas, sino que tiene apacentarlas con la doctrina de Cristo, santificarlas con la gracia y los sacramentos de Cristo, y regirlas conduciéndolas sólo a Cristo.

Así entendido, ¡qué grande es el Papado! ¡Qué don inestimable! ¡Y qué don también el de contar con pastores que cumplan cabalmente su ministerio! De este número fue ciertamente San Pío X, que cumplió a las mil maravillas, en un pontificado relativamente corto, estos tres ministerios designados por la triple encomienda hecha a San Pedro:

- *Apacienta mis ovejas, ejercitando ante ellas tu **munus et potestas docendi**, tu oficio y poder de enseñar: San Pío X apuntaló la Iglesia de comienzos del siglo XX en las más puras fuentes de la doctrina católica, protegió la fe con la denuncia y condenación del modernismo y con el juramento antimodernista, y la extendió con la difusión del catecismo.*
- *Apacienta mis ovejas, ejerciendo tu **munus et potestas sanctificandi**, tu oficio y poder de santificar: especialmente a través del amor a la Santa Misa, y por la concesión de la comunión de los niños.*
- *Apacienta mis ovejas, cumpliendo bien tu **munus et potestas regendi**, tu oficio y poder de regir, estimulando en la Iglesia la santidad de los sacerdotes, y codificando sabiamente sus leyes.*

Este es el triple ministerio en que se resume la razón de ser del Papado: hacer llegar hasta nosotros *la Verdad* de Cristo, *la Vida* de Cristo, *el Camino* que es Cristo. Y esto es lo que cabalmente cumplió San Pío X, como reiteradamente lo afirma el papa Pío XII en los sermones de su beatificación y canonización, en los que señala, explicando justamente el texto evangélico de hoy, que esa es la grandeza de nuestro Santo Patrono.

Podríamos decir que San Pío X manifiesta lo que es el Papado en todo su esplendor. Eso es importantísimo para nosotros, pues la imagen del Papado, con los papas que ha habido después del Concilio Vaticano II, aparece terriblemente desfigurada, y podríamos pensar equivocadamente que esta institución no tiene nada de divino.

Haciendo una comparación, podríamos afirmar que con San Pío X el Papado queda como transfigurado, esto es, manifestado en todo su esplendor, poder y majestad: es la señal que Dios quiso conceder a nuestros tiempos modernos, previendo que des-

pués vendrían papas que desmerecerían de su dignidad. Y así como los apóstoles encontraron en la transfiguración de Nuestro Señor un socorro para el tiempo de la pasión, a fin de que no olvidaran que quien ahora sufría como hombre mortal era el mismísimo Rey de la gloria; del mismo modo nosotros encontramos en San Pío X la más hermosa imagen del Papado, a fin de que, estando ahora en la pasión de la Iglesia, recordemos lo que el Papado es realmente, y no lo que parece ser en la debilidad de los actuales pontífices.

2º Segundo gran don de Dios: la Romanidad.

Otro don de la Providencia de Dios a su Iglesia, y que la fiesta y la persona de San Pío X nos recuerda, es la romanidad de la Iglesia católica. Somos *católicos romanos*. La Iglesia católica es la Iglesia romana. Nuestro fundador insistía frecuentemente en esta «nota» de la Iglesia; sobre ella nos dejó algunas consideraciones en su *Itinerario Espiritual*, y deseaba que todos los miembros de la Fraternidad se esforzaran por adquirir el espíritu romano, esto es, el espíritu de amor, veneración y docilidad a todo lo que viene de Roma.

«Dios, que conduce todas las cosas, en su sabiduría infinita preparó a Roma para que fuera la sede de Pedro y el centro de irradiación de todo el Evangelio».

«Dios quiso que el cristianismo, vertido de alguna manera en el molde romano, recibiese de él un vigor y una expansión excepcionales».

De este modo, la Providencia de Dios se sirvió del imperio romano para divulgar la fe apostólica. Se valió luego, alcanzada ya la libertad de la Iglesia, de la jurisprudencia romana para formular las propias leyes de la Iglesia. Roma quedó convertida, por voluntad expresa de Cristo, en la Sede, Cabeza y Madre de todas las demás Iglesias del orbe. Los pastores y fieles cristianos, mirando siempre a Roma, aceptaron la lengua de Roma, aprendieron la doctrina de la cátedra romana, adoptaron la liturgia de Roma, la Misa con su rito romano, los sacramentos según su celebración romana, el catecismo romano, las leyes de Roma. Tan es así:

- *Que «todos los pueblos convertidos a la fe, incluso los no romanos, estaban orgullosos de cantar su fe en la lengua de Roma, símbolo real de la fe católica, y en mantenerse fiel a las ceremonias de Roma».*
- *Que «los cismas y herejías comenzaron muchas veces por una ruptura con la romanidad, ruptura con la liturgia romana, con el latín, con la teología de los Padres y teólogos latinos y romanos».*
- *Que «lo que principalmente quisieron destruir los enemigos de la Iglesia, bajo la égida de la masonería, fue su romanidad: arrebataron la Ciudad eterna al poder de los papas, reduciéndolos a la Ciudad del Vaticano».*
- *Que «esta ocupación de Roma por los masones fue lo que permitió la infiltración del modernismo en la Iglesia y la destrucción de la Roma católica por el clero y los Papas modernistas, que se esfuerzan por destruir todo vestigio de romanidad: la lengua latina, la liturgia romana».*